

# CONFERENCIA DEL MAESTRO OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

## APRENDIZAJE DE LAS LEYES II

Salida de sol del 11 de julio de 1974

---

Les interesa ser íntegros, actuar bien con los demás, porque entonces les darán su confianza y ganarán con ello. Muchos se creen con derecho a engañar a los demás, perjudicarles, tratarles según sus caprichos, sin pensar que son criaturas como ellos que piden ser respetadas, amadas, estimadas. No lo tienen en cuenta y, evidentemente, a fuerza de sentirse oprimidos y disminuidos, los demás acaban vengándose. No hay que extrañarse de ello. Algunos se preguntan: “¿Pero por qué la gente es hostil conmigo?” Es normal; si les dieran golpes a ustedes, ¿acaso no se los devolverían? Sí. Entonces, ¿por qué no deberían hacer los demás aquello que ustedes harían en su lugar? Existe una ley de justicia, y todos aquéllos que no la han comprendido se rompen la crisma.

Por eso, hay que empezar a educar a los niños enseñándoles esta ley, diciéndoles: “Lo que hagas, te lo harán a ti: si das una bofetada, te la devolverán, y hasta quizá te den dos o tres. ¿Por qué tendrían que respetarte? ¿Qué representas tú? ¿Por quién te tomas? Si tú no eres bueno con los demás, los demás tampoco lo serán contigo. Si robas, también te robarán a ti, o bien te llevarán a la cárcel”. Los niños, e incluso los adultos, que a menudo no razonan mejor que los niños, deben saber cómo suceden las cosas en la vida y comprender esta ley. Si nosotros no emanamos nada bueno, si no ayudamos a los demás, si no los amamos, tampoco ellos nos ayudarán, ni nos amarán, y, entonces, ¿qué haremos solos?

Son ustedes los que deben comportarse primero como Dios manda, y después el mundo entero se comportará bien con ustedes. Y esto sigue siendo válido, aunque existan, por aquí y por allá, algunas injusticias. Hay casos en los que son magníficos, maravillosos, y abusan de ustedes. Esto sucede a veces, pero no dura mucho tiempo. Tarde o temprano los demás se ven obligados a corregirse y a arrepentirse al constatar que no se merecen sus malos tratos. Yo creo absolutamente en todas estas leyes. Me dirán: “Sí,

pero todavía no ha logrado hacer cambiar a los periodistas, que tanto mal han dicho de usted y de su Enseñanza”. Tengan paciencia, van a ver, todos cambiarán con respecto a nosotros, y de nuevo se pondrán a escribir mentiras, pero ahora en el otro sentido: como exageraron en un sentido, ahora se verán obligados a exagerar en el otro. Por otra parte, yo no me ocupo de eso. Lo único que me interesa es conocer las leyes, y, como conozco esta ley, no me ocupo de los periodistas, trabajo en otros dominios. Los pobres periodistas hacen lo que pueden, déjenlos tranquilos. Yo tengo otra cosa que hacer.

Le diré, pues, a la juventud: deben hacer esfuerzos, sabiendo que existe esta ley. Ya sé que es difícil, que cada uno tiene sus inclinaciones, sus pequeños vicios: a algunos les gusta explorar los bolsillos de los demás, o la caja fuerte del patrón, a otros les gustan las chicas, a otros el vino, a otros el poder. Lo comprendo, es algo normal, debido a la herencia. ¿Qué quieren? Nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos, ¡nos han legado una buena herencia! Cada uno viene a la Tierra con esta clase de herencias y, aunque a veces no aparezcan de inmediato, un buen día salen de no se sabe dónde. Pero, a pesar de estas dificultades, que yo conozco, hay que hacer esfuerzos, de todas formas. Y es ahí donde me dirijo a los adolescentes, porque deben hacer esfuerzos para mejorarse cuando todavía son jóvenes y vigorosos. Tienen que aprovechar estas condiciones, este ambiente que hay aquí, en la Fraternidad, para frecuentar a seres más avanzados, dejarse influenciar por ellos, cambiar de vida, convertirse en modelos. No basta, claro, con pasar aquí unos días o unas semanas –porque no es tan fácil transformarse en tan poco tiempo- pero algo se consigue, de todas formas, y eso está bien.

Todos los adolescentes que están aquí deben aprender que, si no mejoran su actitud, tendrán que sufrir toda su vida, recibirán golpes terribles. Muchos, que se creen muy capaces, muy diestros, muy listos, se imaginan que, aunque cometan cualquier transgresión se irán de rositas... No, esto es imposible. Tarde o temprano les cogerán y lo pagarán muy caro. Es preferible, pues, que los jóvenes aprovechen su estancia aquí para decidir abandonar todos sus proyectos poco recomendables, y después será maravilloso, serán los más felices, porque por todos lados vendrán a alabarles. Todo el mundo estará maravillado de ellos, tendrán amistades por todas partes, puertas abiertas, y se asombrarán ellos mismos de ver que los pocos esfuerzos que han hecho son ampliamente recompensados.

Yo, cuando era joven, era un pillastre: robaba frutas, provocaba

explosiones, prendía fuego a los graneros por el placer de verlos arder. Verdaderamente, no creía hacer daño, pero me venían toda clase de ideas para hacer tonterías. En el pueblo todos estaban enfadados conmigo. Sólo mi madre decía: “No lo conocen, tengan paciencia, verán que es mucho mejor de lo que parece de momento”. Y, un buen día, no sé lo que pasó, quizá estaba cansado de hacer tonterías, pero decidí cambiar. Es para decirles que, si yo cambié, ¿por qué los demás no podrían cambiar también? Comprendan eso como quieran.

Evidentemente, a los jóvenes les gusta manifestarse, les gusta la fuerza, el poder, todos quisieran ser jefes. Eso está muy bien, pero nadie les explica a los adolescentes dónde está la verdadera fuerza. Los adultos reprochan a veces a los jóvenes la tendencia que tienen de querer ser los más fuertes. No, no deben hacerlo, es normal que busquen la fuerza: se sienten atraídos por lo que es grande, poderoso, y eso está muy bien. Sólo que no ven la diferencia entre la verdadera fuerza y la violencia, y emplean palabras osadas, fanfarronadas o amenazas. Hay que explicarles que este deseo de ser fuertes es muy bueno, pero que debe ser orientado hacia una dirección más noble. No hay que reprimir en los jóvenes el deseo de ser fuertes. Muchos educadores creen que éste es un deseo reprochable y que hay que reprimirlo. No, al contrario, deben empujar a los adolescentes a adquirir la fuerza, pero la fuerza que se encuentra en la inteligencia, en la dulzura, en la bondad: la fuerza del espíritu. La buena pedagogía es, pues, orientar, no reprimir, porque, si no, los jóvenes se estropean: se vuelven cobardes, miedosos, enclenques, se someten después a cualquiera, ¡lo que es peor!

Los padres que no tengan estas cosas claras obtendrán unos resultados catastróficos si tratan de impedir que sus hijos se vuelvan fuertes, activos, enérgicos. Al contrario, deben animarlos, decirles: “¿Buscan la fuerza? ¡Es maravilloso! Pero no deben confundirla con la violencia; deben tener nociones claras para que puedan ser fuertes y poderosos, pero manteniendo la buena orientación.” Entonces, los mismos padres se beneficiarán, porque sus hijos harán todo por ellos cuando sean fuertes y poderosos. Cuando le dicen a un niño: “¡Qué mono es!, ¡qué bueno es!”, está muy bien, es, sobre todo, muy agradable para los padres que no van a tener dificultades con él. ¿pero qué grandes realizaciones podemos esperar de él si sigue siendo “mono” y “bueno” toda la vida? No hay nada que sacar de los que son demasiado “buenecitos” ... No es esto lo que aquí buscamos, sino seres poderosos, combativos, voluntariosos. ¿Por qué? Porque nosotros nos encargaremos de orientarlos. Con los débiles, ¿qué se puede hacer?

Aunque se les oriente bien, el coche no arranca nunca, porque no hay gasolina en su depósito.

\* \* \*

